

Medellín re-escibe sus barrios

Alejandro Echeverri Restrepo



Actuación de capoeira en la inauguración de la exposición del Premio Europeo del Espacio Público Urbano en el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. Medellín, 4 de octubre de 2012.

Una ciudad se define a partir de sus espacios de encuentro, de sus instantes de encuentro. El relato que Medellín está intentando re-escribir es uno de los más bellos pero más difíciles posibles. Tuve un momento emocionante y revelador hace poco en el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia, un espacio en el que confluye hoy toda la energía creativa de los grupos jóvenes de rap y *hip hop* que viven en un barrio, que fue en los años sesenta el vertedero de basura de la ciudad, y en los años ochenta y noventa el retrato más intenso del drama violento y excluyente de la historia reciente de Medellín. En el patio de este Centro Cultural inaugurado en el 2007 y diseñado por el Maestro Rogelio Salmona, sucedía el retrato de lo que quisiera ser esta ciudad hoy; los jóvenes músicos lideraban una fiesta intensa y emocionante, en un encuentro

de todos los grupos de *hip hop* provenientes de los barrios populares de las laderas de esta ciudad. Estos jóvenes anteriormente estigmatizados, eran los anfitriones y eran el centro de una fiesta que ofrecían para todos, un encuentro para inaugurar la exposición internacional del Premio Europeo del Espacio Público Urbano dentro de las V Jornadas Internacionales Ciudades Creativas. Y era una fiesta colectiva y diversa en un lugar considerado por muchos la frontera entre la “ciudad” y “las Comunas del Norte”.

Estos jóvenes que representan hoy la Medellín más intensa y urbana, hicieron un espectáculo bello y emocionante, y todo esto sucedía en uno de los barrios que es testimonio vivo de nuestra historia reciente de la ciudad. El nuevo Centro Cultural de Salmona está localizado en la zona que hoy llaman “El nuevo Norte”, como parte del proceso

de transformación urbana y social que se ha dado en la ciudad. El Centro Cultural es un espacio en donde la arquitectura se convierte en extensión de la vida de la calle, el patio es la plaza, desde las ventanas se contempla la música. Este espacio ha logrado convertirse por momentos, en la expresión más intensa y potente de lo que Moravia y su gente son, de lo que Medellín quisiera ser.

Medellín está localizada en el centro de Colombia en un Valle estrecho y largo que el río recorre de sur a norte, contenida por dos líneas de montañas que ascienden desde 1.400 metros sobre el nivel del mar, hasta 2.400 metros. Es una ciudad “enclavada” entre montañas y dibujada por una gran cantidad de cañadas que descienden desde las dos laderas hacia el río. En 1950 la llamaban popularmente “la tacita de plata” cuando pasamos de tener 350.000 habitantes a aproximadamente 2 millones en los ochenta, llegando hoy a 3,5 millones en el Área Metropolitana; fue el centro de la economía cafetera y es la segunda ciudad y capital industrial del país. Esta inmensa migración, gran parte de ella desplazados por la violencia rural, ocupó rápida e informalmente las dos laderas del norte del Valle. Produciendo una ciudad partida, visible en su división: la ciudad de los barrios en ladera en el norte llamados “las Comunas” donde está el 40% de la población y que son, en su mayoría, barrios de origen informal; y la ciudad del centro y sur del Valle donde viven las clases medias y altas. A esta ciudad llegaron los cárteles de la droga a “conquistar” a los jóvenes de las comunas y entre los años ochenta y noventa Medellín se definió por ser “La Ciudad de Pablo”, Pablo Escobar. En 1991 fuimos la ciudad más violenta del mundo, 381 muertos por 100.000 habitantes, 20 muertos diarios todos los días del año, en su mayoría jóvenes. Una ciudad en donde la

vida de un policía costaba USD 2.000, que era lo que pagaba el Cártel de Medellín en 1992 por cada policía muerto a los jóvenes de las comunas, su ejército de sicarios.

El retrato de estos años dramáticos produjo algunos de los testimonios más hermosos de nuestra literatura como *El olvido que seremos*, una obra autobiográfica profunda y hermosa que narra la vida del médico y luchador por los derechos humanos Héctor Abad Gómez quien fue asesinado en una calle de Medellín, y encontrado por su esposa y su hijo Héctor Abad Faciolince, el escritor. O como las películas del cineasta Víctor Gaviria: *Rodrigo D.: No Futuro y La vendedora de rosas*, que golpean el alma contando la vida intensa y corta de los jóvenes de las comunas.

En Medellín, de forma paralela a este recorrido doloroso, sucedieron muchos otros procesos en donde la sociedad civil, la academia, el sector privado, cada uno desde su propio territorio, trabajaron intensamente para responder y encontrar soluciones a este drama. En el 2003 ganó las elecciones para Alcalde de la ciudad, el matemático y profesor Sergio Fajardo quien lideró el movimiento cívico “Compromiso Ciudadano”. Fajardo lideró un nuevo espacio político donde confluyeron entre los años 2004 y 2007 líderes y expertos de diferente ideologías y procedencias, pero que compartían su objetivo de hacer un cambio estructural, recuperando la confianza en lo público, y definiendo la educación (“Medellín la Más Educada”) como el eje central de la reconquista e integración de las zonas más pobres y violentas de la ciudad. El investigador social y escritor Alonso Salazar, autor de dos libros esenciales para entender a Medellín: *No nacimos pa’ semilla* y *La parábola de Pablo*, continuó como Alcalde entre los años 2008 al 2011, dando continuidad a este proceso de gobiernos cívicos.



Bosque de Niebla en el Parque Explora de Medellín.

La ciudad se convirtió en un laboratorio vivo, en donde el drama de la violencia y la exclusión siguen estando presentes como fondo, pero logrando éxitos que han producido cambios estructurales y visibles. La cultura y la educación como hecho público, ha sido la manifestación más poderosa de estos últimos años, que se expresa en nuevos espacios de encuentro así como en la reconquista física y mental de algunas de las calles y paseos de estos barrios por donde ha caminado la violencia. En un territorio complejo y fracturado, una nueva red de programas sociales, de edificios, espacios y sistemas de transporte público, localizados en los barrios del norte, han logrado que la ciudad se reencuentre de nuevo en algunos lugares y momentos. El Programa de Urbanismo Social, implementado a partir del año 2004, buscó dar un salto cualitativo en la forma tradicional como se entiende el mejoramiento integral, hizo uso de herramientas como el Proyecto Urbano Integral (PUI), para hacer transformaciones estructurales, físicas y sociales en la búsqueda de la inclusión definitiva de las comunidades marginadas.

Esta estrategia de transformación urbanística, busca la reconquista y recualificación del espacio público y la transformación de los edificios públicos y de uso colectivo de los barrios. El primer modelo de intervención en el año 2004, se apoyó en la implementación del sistema de transporte por cable (Metrocable) y sus nuevas estaciones como la base esencial en la definición de la estrategia territorial. El PUI Nor-Oriental potenció la ubicación de las estaciones, con el objetivo de complementar y ampliar el impacto generado por el Metrocable.

Se implementó un proceso de consolidación barrial que permitiera estructurar y ordenar el territorio (y no solamente mejorar su accesibilidad) a través de obras y proyectos de carácter público con énfasis en la educación y la cultura, como equipamientos comunitarios, parques, calles, paseos, puentes, buscando crear como complemento a las condiciones existentes, una red de espacios renovados, interconectando un sistema de actividades públicas y colectivas, con nuevos programas de cultura, educación y servicios de transporte público.

El Proyecto Urbano Integral se volvió uno de los instrumentos más efectivos para dinamizar los procesos de inclusión y desarrollo social como alternativa a la violencia y a la indiferencia que han imperado durante décadas en estos barrios de la ciudad. Es así como los puentes de quebradas, por ejemplo, además de simples conectores peatonales, se volvieron integradores de comunidades hasta ese momento divididas por líneas fronterizas imaginarias e intransitables; o como el programa de Parques Biblioteca, nuevos centros culturales y museos, han logrado en muchos casos, en algunos más que en otros, construir nuevos símbolos de esperanza para muchos niños de estos barrios. Y la arquitectura como elemento simbólico que ayuda a reescribir los espacios y lugares, ha jugado un papel estratégico. Apostarle a la belleza y al buen diseño ha sido una de las estrategias centrales, no solo con el objetivo de crear nuevos referentes físicos, sino también en la búsqueda de construir procesos de inclusión mental, orgullo, dignidad y calidad.

“Las personas que dicen que un edificio bonito no mejora la calidad de la educación no entienden un asunto crítico. En Medellín tenemos que construir los edificios más hermosos en los lugares donde la presencia del Estado ha sido mínima. El primer paso hacia la calidad de la educación es la dignidad del espacio. Cuando el niño más pobre de Medellín llega al mejor salón de clase de la ciudad, enviamos un mensaje poderoso. Si le damos a los barrios más humildes, bibliotecas bellas esas comunidades se sentirán orgullosas de sí mismas”¹.

El objetivo del programa de Urbanismo Social de la ciudad no ha sido solo la búsqueda de la transformación del espacio fi-

sico; “el cambio de piel de los barrios” ha buscado principalmente reconquistar los espacios para las personas, abordar los sitios de frontera, construir espacios de convergencia y encuentro. Ha buscado multiplicar la aparición de lugares y programas de mediación y complicidad en una ciudad convulsa y compleja. En una ciudad llena de heridas y décadas de dolor, que hacen que estos procesos que nos dan optimismo, convivan también con la realidad cruda de la historia reciente de esta ciudad dura y bella.

Hoy convivimos en Medellín simultáneamente con un proceso de cambio optimista, y la realidad de un proceso doloroso y largo. A finales del 2012 en las calles de la Comuna 13 asesinaron al “Duke”, y a los pocos días al “Garra”; fueron momentos de dolor que nos recordaron la complejidad de esta ciudad, pues ambos representaban uno de los procesos más bonitos y valientes que están sucediendo en nuestra ciudad. Eran parte de los muchos grupos de colectivos y artistas que han surgido en las comunas, y que valientemente a partir de su música urbana, han llenado de nuevos espacios de mediación y momentos de encuentro a estos barrios de Medellín, liderando procesos de reconciliación y paz. A pesar de que esta es la realidad dura de la ciudad, la decisión y transparencia con la que nuestra ciudad está asumiendo el reto de recuperarla como un espacio de encuentro, me hace ser optimista, pues cada vez se repiten con más frecuencia, en más lugares, y con más personas, momentos como el que tuve aquel día en el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia, en esa fiesta intensa de *hip hop* y rap, donde nuestros anfitriones eran los jóvenes de las comunas. Estos momentos producidos por instantes de complicidad y encuentro me hacen pensar que nuestra ciudad se mira con valentía, y es verdad que está re-escribiendo su relato.

¹ Sergio Fajardo revista *Newsweek* noviembre 2007.